



Paradojas de la
banalidad

GRINOR ROJO

A la banalidad se la suele considerar inofensiva. Banal sería así lo descartable sin costo, lo que no añade ni quita a/de lo que ya existe, lo que se hace o se dice pudiendo no haberse hecho o dicho jamás. Uno puede reírse observando que las proposiciones banales son proposiciones de carácter tautológico, que son sujetos sin predicados o con predicados inocuos, juicios que, aunque nos den la impresión de afirmar algo acerca de algo, al final lo único que hacen es desentenderse de sus aspiraciones y regresar sobre aquello que es más obvio en ese algo, sobre el tibio refugio de “lo consabido”.

La banalidad acaba siendo, por lo tanto, en esta primera aproximación nuestra, la pura y simple redundancia. Es lo que es prescindible, lo que está de más, pero que sin embargo se repite una y otra vez, mecánicamente. Tocamos a su puerta y al otro lado no hay nadie. O están los mismos que estaban ya de este lado, *que es como si no hubiera nadie*: sólo la maniática reiteración de un paisaje que ha estado ahí desde que tenemos memoria. Pero nada de eso es accidental, porque si escuchamos lo que Freud tiene que contarnos acerca de este paradigma de la conducta humana, nos vamos a ver en la necesidad de aceptar que es un dato constitutivo de esto que somos el derivar una cuota de deleite de la obsesión reiterativa, lo que explica al menos en parte su curiosa fortaleza. Ocurre que quien la hace suya se protege, se cubre las espaldas, adentrándose en un territorio en el cual él/ella sabe que está pisando en tierra firme porque lo que permanece es siempre más de lo que cambia. De ahí que los seres humanos nos sintamos a salvo de imponderables gravosos, complacidos y hasta de buen humor cuando nadamos a favor de la corriente, cuando apostamos al caballo favorito, cuando no chocamos con la voluntad de la doxa. La literatura formulaica, el arte adocenado, la pedagogía que no es educación sino adiestramiento, éstas y muchas otras de las incomprensiblemente agrupadas entre las disciplinas “serias” son algunas de las fuerzas que consiguen que la reiteración banal se abastezca con las credenciales de una práctica legítima e incluso apreciable.

Profundicemos ahora un poco más esta reflexión. Una manera de hacerlo es contrastando la banalidad con el quehacer creador, de cualquier orden que éste sea, como un quehacer que se define como el que es en tanto cuanto introduce en el mundo algo que hasta entonces no existía y cuya lucha, como escribió alguna vez Manuel Rojas, será siempre “contra una oposición que obra, con su inercia y con los elementos que esa inercia desarrolla, contra el hombre que pretende crear. Estos elementos son pasivos, pero desde el momento en que se empieza a luchar contra ellos, se tornan activos” (Rojas, 1938: 163).

Las palabras del gran novelista chileno, con las que él da comienzo a un artículo acerca del trabajo obrero alienado, apuntan en la dirección que a mí me interesa explorar en estas páginas, pero debo advertir en el acto que, aunque las encuentro acertadas en una amplia medida, ellas no me dejan satisfecho. Como dejé dicho arriba, en una primera aproximación la actividad banal se nos aparece como lo redundante, y este es el sentido en que Rojas habla de la inercia: es lo que se repite idéntico a sí mismo, lo que ya consta en nuestros libros y parece ser parte de la naturaleza. Coincide en esto con Sartre, cuando el filósofo francés define el funcionamiento de la ideología:

Sus direcciones de uso devienen de un discurso inerte que participa de la inercia de la materia. Como tal, se impone al agente como *lo que no ha de ser modificado por ninguna intención subjetiva*. No porque representa lo universal en lo particular, sino porque el sello

práctico impuesto en la materia prima participa de su materialidad y es introducido en cada quien como un pensamiento inerte que no le pertenece a nadie pero que debe ser preservado (Sartre, 1996: 226).

He ahí lo inerte y *banal*, que Rojas dice que es “pasivo”, pero esa es una observación que contiene una verdad a medias y, por consiguiente, también una mentira a medias, de cuyos resultados a mí me parece que nosotros tenemos que desconfiar, porque, además de que nos inducen a error, es precisamente con su aspecto pasivo, *con su aspecto falazmente pasivo*, que lo inerte y banal organiza y levanta un rechazo férreo a cualquier amago de cambio. Tiene pues eso inerte y banal un doble fondo: es una fuerza que aprueba y defiende el orden de lo que existe tal y como él es, dotada además de una potencia que no es despreciable en absoluto, pero no es así como se aparece ante nuestros ojos. Por el contrario, lo que nos revela en nuestra primera visita es una inocencia neutra y un poco sosa, aunque (tal vez a pesar suyo) también pesada.

Porque la banalidad no coincide, como creen algunos comentaristas distraídos, con la falta de peso. Decir de un juicio banal que es un juicio “liviano” es un dicho común y ciertamente atractivo, pero también engañoso. Nada está más lejos del cultivo de la banalidad que el cultivo ya no digamos de la liviandad (esa fea palabra) sino de la “levedad”, una virtud excelsa sin duda y cuyo trato Italo Calvino nos recomendaba en la primera de sus *Seis propuestas para el próximo milenio*. Si la levedad es lo que le sale al paso a la “pesadez” de la civilización contemporánea, pesadez que no es infrecuente que se cuele en y llegue a formar parte de nuestras conciencias, exponiéndola y desarticulándola gracias al “ágil, repentino salto del poeta filósofo”, el que se desprende de sus ataduras cotidianas y “se alza sobre la pesadez del mundo, demostrando que lo que muchos consideran la vitalidad de los tiempos, ruidosa, agresiva, piafante y atronadora, pertenece al reino de la muerte” (Calvino, 2005: 24), la banalidad actúa a la inversa. No es la camarada del poeta filósofo, de ese que es “leve” y que por ser leve es también rebelde, sino que su política de alianzas la establece con aquellos que le exigen al poeta que detenga su vuelo, que no pierda su tiempo en ensoñaciones aéreas, y de esa manera es como la banalidad se convierte en la fiel aliada de lo más denso, por opaco, conformista y genuflexo, que florece en los

eriales de este mundo: el político adulón, el académico florido y presuntuoso.

¿Por qué extrañarnos entonces de que la pesadez de la banalidad no atraiga sobre sí la censura o que no la atraiga necesariamente? No sólo eso, puesto que si bien la miramos nos daremos cuenta de que no es inusitado encontrarla exhibiendo sus plumas en ambientes de mucho prestigio. José Santos González Vera nos refiere que en su juventud el más popular de los oradores chilenos era Arturo Alessandri Palma, diputado por Curicó primero, presidente de la República después y el responsable por una de las estatuas que hoy adornan nuestra Plaza de la Ciudadanía. Este tribuno, según el recuerdo que don José Santos tiene de él, era una

especie de mago que transformaba las frases hechas y las ideas más atrocemente manidas en oro purísimo. Si uno incurría en la debilidad de escucharlo era inevitable que vibrara y aplaudiera locamente, sin perjuicio de examinar después lo dicho y llegar a la penosa conclusión de que carecía de médula (González Vera, 2005: 171).

Al fin de cuentas, aparte de la sonrisa socarrona con que delatamos nuestra contemplación irónica del aura de bobería que tarde o temprano empieza a dibujarse sobre la nuca de aquellos que incurren en su trato, lo cierto es que la banalidad no provoca en nosotros un rechazo fulminante. Cuando no la aplaudimos “locamente” (como en la cita de González Vera), la echamos a un lado, le palmoteamos la cabeza con indulgencia hipócrita a quien la autoriza y ya está. Y ni siquiera acusamos a ese sujeto banal de estupidez, habida cuenta de que la estupidez tiene, como quiera que sea, una connotación más belicosa. Puesto que la banalidad no introduce en nuestros archivos ni en los archivos del universo nada que no se encuentre ya guardado en ellos, es o más bien nos parece harto menos inquietante que la estupidez, desprovista de punta y de filo, sin la potencialidad de hacer daño y dotada en cambio con el poder, que es menos asombroso de lo que nos hace creer el recuerdo que González Vera tiene de Alessandri, de mesmerizar multitudes.

Pero nunca falta el intelectual indiscreto que pone las cosas en su sitio. Entre las frases que se emitieron a propósito del juicio que tuvo lugar en Jerusalén, en 1962, contra Eichmann el infame, se recordará que fue la filósofa Hannah Arendt la que pronunció la de

repercusiones más polémicas, cuando para referirse tanto a las fechorías de quien tuvo a su cargo el acarreo de los judíos a los hornos del Holocausto como a las de sus cómplices nazis, utilizó la expresión “la banalidad del mal”¹. ¿Cómo podía ser que a la banalidad, de la que se daba por supuesto que no poseía ni con mucho el músculo que hace falta para dañar profundamente a nadie, se la impugnara en esa frase desconcertante de Arendt como una de las modalidades de la existencia del mal, es decir, ni más ni menos que como uno de los atributos de El Maligno? En su informe Arendt ponía el ojo sobre todo en el desempeño mecánico del genocida, en la ninguna sensibilidad o capacidad reflexiva con que éste actuó: era su deber. No pensó y ni siquiera es seguro que lo que hizo haya sido muy de su gusto, concluye Arendt. No era un sádico, sino (¡Oh, blasfemia!) un “trabajador”. Lo suyo era una “tarea” más, una entre las muchas que sus “jefes” le habían encomendado. Por eso, ella acuña su frase escandalosa, que da la impresión de ser un oxímoron pero que en rigor es una paradoja. Esa frase resonó en ese entonces, y sigue resonando hasta hoy, como una advertencia. Nos obliga a reaccionar, a ponernos en guardia, a conjeturar que quizás en el comportamiento banal de los bribones de la estirpe de Eichmann se encuentra oculto un gato encerrado de uñas largas y aguzadas y al que es preciso descubrir y denunciar.

Para cumplir con este objetivo de servicio público, a nosotros no nos va a quedar otra solución que la de entrar en la maraña ideológica con el machete en la mano, como nos aconsejaba Frantz Fanon que lo hiciéramos en aquellas ocasiones en que alguien pontifica, como un loro de feria, sobre la excelencia y beneficios de la “cultura occidental”². Debemos enfrentarnos de este modo con los lugares comunes, con los clisés seductores, como ése y como tantísimos otros, de los que el mundo está repleto y los que, según veíamos arriba, son las señas inequívocas que identifican lo banal.

Estrictamente hablando, aquello de lo cual yo pienso que no es posible prescindir, si hemos de dar

curso a nuestros propósitos de una manera más o menos productiva, es de una crítica sin inhibiciones del “sentido común”. No obstante la buena acogida con que se lo incorporó en las discusiones de los filósofos escoceses del siglo XVIII, Reid, Brown y los demás, y no obstante la apelación majadera que suele hacerse a su credibilidad a prueba de refutaciones, el sentido común es la ideología favorita del conservadurismo y, por eso, esparce pistas cuya facilidad es preciso esquivar, pistas que no son ni tan evidentes ni tan objetivas como les gustaría a los que se remiten a su testimonio: “Esto es materia de sentido común”. Pero, ¿será cierto? Yo tiendo a pensar que el sentido común es el residuo de un dictamen que la doxa hegemónica impuso y generalizó hace mucho tiempo y cuya naturalización hoy le sirve de respaldo para llevar sus operaciones a buen puerto. Es “lo inerte y banal” que Manuel Rojas y Sartre percibían correctamente. Desde este punto de vista, la banalidad es algo así como la estética del sentido común. Y si hay en los libros de retórica una figura que el sentido común no soporta, ella es la paradoja verdadera. La paradoja verdadera desafía, con su afán extravagante de juntar lo que todo el mundo sabe que “no se junta”, las sacrosantas certidumbres de la “opinión general”³, y de ahí que la odien las buenas conciencias, porque erosiona sus seguridades, porque no las deja vivir en paz.

Acerquémonos ahora al dominio en que la banalidad es dueña y señora, donde ella reina con todo su necio esplendor. Me refiero a la televisión contemporánea. Podría hipotetizarse desde la partida, creo que con una alta probabilidad de convertir a esa hipótesis en tesis, que la banalidad no es sólo un componente más sino que el presupuesto y hasta pudiera ser que la precondition de las prácticas televisivas y mucho más cuando la que se encuentra habilitada para protagonizar dichas prácticas es la televisión comercial (que en el capitalismo es toda o casi toda). No tengo que recordarles a quienes esto leen los innumerables ejemplos que sustentan este juicio, porque forman

¹ La primera edición en inglés es de 1966. La última traducción española que conozco: Arendt, Hannah (1999). *Eichmann en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.

² “... cuando el colonizado oye un discurso sobre la cultura occidental, saca su machete o al menos se asegura de que esté al alcance de su mano” (Fanon, 1963: 38).

³ “Idea extraña u opuesta a la común opinión y al sentir de los hombres”. Esta es la primera de las tres acepciones que da la Real Academia Española en su *Diccionario de la lengua española* en su vigésima primera edición (1992: 1526). Más breve y más aguda me parece la definición de Fernando Lázaro Carreter: “Opinión, verdadera o no, contraria a la opinión general”, que se manifiesta a través de la “unión de dos ideas en apariencia irreconciliables” (1968: 311).



parte de su experiencia de todos los días. Me ahorro, entonces, ese esfuerzo y formulo, en cambio, una ley general y de índole cuantitativa. Puede establecerse, en efecto, y los *managers* comunicacionales lo saben mejor que nadie, una relación directamente proporcional entre el éxito que alcanza un programa de televisión en las mediciones del *rating* y el monto de banalidad que en él se invirtió. Vivimos en la era de la imagen, se dice. Si ésta es exitosa y “pega”, y el *rating* es el que puede demostrarlo, es porque esa imagen es portadora de una verdad incontestable.

Pero, desentendiéndonos por lo pronto de sus clamorosos éxitos en el *rating*, ¿es la banalidad televisiva tan amistosa y anodina como nos la muestra la pantalla de la caja idiota? Escojo para tratar este asunto una última sentencia paradójica, esta vez de Pierre Bourdieu. Según el sociólogo, con

su destreza para “ocultar mostrando”, la televisión es hoy “un colosal instrumento de mantenimiento del orden simbólico” y, lo que es peor, es “una forma particularmente perniciosa de violencia simbólica” (Bourdieu, 1997: 20).

Es digno de atención que todo el razonamiento de Bourdieu, que yo comparto, vaya a parar en esta noción, no menos paradójica que las de Calvino y de Arendt, de “violencia simbólica”, a través de la cual el análisis que él nos entrega del medio televisivo hace una y la misma cosa de su actividad presumiblemente inane, ésa con que consume hora tras hora de nuestro tiempo inútil (y muchas veces también del útil) y el acto mucho menos desinteresado de “tapar lo importante con lo que no lo es” (24 y ss.). A la violencia que no sólo es simbólica, que es aquella de la que casi todo el mundo piensa, con la mayor ingenuidad, que

es la única que recorre el planeta y respecto de la cual el Estado de Chile tiene deudas que hasta la fecha continúan impagas (o pagadas a un precio módico, como sucede con un general que ordenó la muerte de setenta y cuatro personas y al que los jueces acaban de darle por ello seis años de cárcel), no le basta con tapar lo importante; lo elimina. El que habla de o se involucra con *eso* de lo que no hay que hablar y con lo que no hay que involucrarse se convierte él mismo en un “tumor”, en un “cáncer”, al que cuando se halla en condiciones de hacerlo la violencia que no es simbólica “extirpa” o “erradica” del cuerpo de la *civitas* porque a su sola existencia la presupone un atentado.

EN NOMBRE DE LA LIBERTAD BANAL, BUSH DESATÓ UNA GUERRA SUPREMACISTA E IMPERIALISTA; EN NOMBRE DE LA DEMOCRACIA BANAL, LE QUITÓ A UN PUEBLO EL DERECHO A DECIDIR SU DESTINO; EN NOMBRE DE LA CIVILIZACIÓN BANAL, ARRASÓ CON UNA CULTURA MILENARIA; EN NOMBRE DE LOS DERECHOS HUMANOS BANALES, ENCERRÓ, TORTURÓ Y ASESINÓ. TODO ELLO CON SU SONRISA DE BUEN MUCHACHO TEJANO, CON SUS FANFARRONADAS DE NIÑO RICO, VOLUNTARISTA Y TRAVIESO.

Esos, exactamente, fueron los términos que utilizó Gustavo Leigh, uno de los líderes del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Santiago de Chile, durante una transmisión televisiva que se difundió esa misma noche. Pero la otra violencia, la que no quiere mezclarse con la barbarie de Leigh y sus compinches golpistas y que por eso restringe sus actividades al dominio del símbolo, se limita a desarmar al adversario con su bazofia edulcorada. ¿Cuál de las dos es la más eficiente? En una suerte de carambola teórica, se me ocurre que la mejor explicación que puede dársele a la paradoja de Arendt habría que extraerla de la afirmación de Bourdieu: la que pone de manifiesto las debilidades que, al contraponérselas con la blandura

embaucadora de lo que es meramente banal, afectan al empleo de la fuerza bruta.

Retomando el análisis de Bourdieu, yo estimo que no es incorrecto decir que la banalidad cuenta con dos atributos esenciales y tremendamente poderosos: el de escamotearnos aquello que es acreedor de nuestra crítica y el de neutralizarnos como individuos críticos. Por una parte, atiborra nuestras conciencias con su basura fosforescente, nos inunda y nos ciega. Por otra, hace que esa inundación y esa ceguera (y esta es la máxima fortaleza de la televisión a mi juicio) no constituyan exigencias disgustantes, que no sean una imposición que se nos hace contraviniendo

nuestra voluntad o nuestros gustos, sino que, muy por el contrario, ellas sean deseadas por nosotros, que sean “entretenidas”, que las busquemos, que las persigamos, que las gocemos y que reemplacemos con su ayuda la aridez y la responsabilidad que involucran algunos temas de los que pudiera valer la pena hacerse cargo pero cuya consideración nos obligaría a pensar. Porque pensar es exigirse uno a uno mismo, es aplicar nuestras potencialidades de intelección con integridad y coraje, es empujar el cuerpo a veces hasta introducirlo temerariamente en el terreno erizado de púas de la rebeldía, “¿Y para qué?”, me pregunta entonces la buena conciencia. “¿No sería mejor omitirnos de este juego fastidioso y peligroso?”. “Yo no sé, yo no vi, no me

consta”. O lo que es peor: “algo habrá hecho ése para que le pasen estas cosas” y, por consiguiente, “el responsable de eso que le pasa no es, *no puede ser otro* que él mismo”: “... de mis declaraciones se desprende mi conocimiento y convicción de un cuadro anómalo en cuanto a la seguridad de las personas, propio de una situación de guerra civil y de sus secuelas, cuyas responsabilidades corresponden fundamentalmente a quienes generaron ese cuadro desde el gobierno anterior”⁴. El mal se aprovecha entonces de algo que para el niño Sartre de *Las palabras* era la más repugnante de las debilidades: “*l’abandon*”, el “*laissez aller*”⁵. Nos desenganchamos, nos dejamos ir, y la banalidad nos habrá ganado para su causa blanda, pero sólo para abrirle de este modo camino a la picana eléctrica del mal.

George Bush ha sido banal y, al mismo tiempo, maligno. Nunca salió de la boca de ese presidente de los Estados Unidos cosa alguna que no fuesen frases hechas, que hablan de la libertad, la democracia, la civilización y hasta de los derechos humanos, dando por patrimonio del sentido común la significación de cada una de las palabras que usaba, sin preguntarse él a sí mismo por lo que ellas querían decir, sin haberse dado el trabajo de cotejar por cuenta propia los contenidos que les estaba inoculando con las muy estimables realidades que con ellas se designan. En nombre de la libertad banal, Bush desató una guerra supremacista e imperialista; en nombre de la democracia banal, le quitó a un pueblo el derecho a decidir su destino; en nombre de la civilización banal, arrasó con una cultura milenaria; en nombre de los derechos humanos banales, encerró, torturó y asesinó. Todo ello con su sonrisa de buen muchacho tejano, con sus fanfarronadas de niño rico, voluntarista y travieso.

Vuelvo la mirada hacia el plano doméstico: el “cosismo” de la derecha política chilena, ¿no constituye una muestra egregia de banalidad? Cuando la derecha política de mi país declara que lo que a ella le interesa son “las cosas que le interesan a la gente”, lo que nos quiere decir con eso es que lo que *a ella* le interesa es poner en la agenda de la discusión ciudadana *sólo lo*

⁴ Testimonio del abogado Jaime Guzmán Errázuriz ante el Juzgado de San Miguel, el 24 de octubre de 1989.

⁵ “... el sistema me horrorizó, aborrecí los pasmos felices, el abandono, aquel cuerpo demasiado acariciado, demasiado restregado, me encontré oponiéndome, me arrojé al orgullo, o dicho de otra manera, a la generosidad”. (Sartre, 1964 y 1982: 78).

que a esa gente le pasa en sus trajines de todos los días, en su casa, en su calle, en su barrio en el mejor (o en el más osado) de los casos y *nada más*. En su “vida privada”, en pocas palabras. De lo que se deduce una política de exclusiones que con su apariencia preocupada y cariñosa lo que pretende es persuadir a esa “gente” de que ella no tiene por qué ni para qué ocuparse de los “otros” asuntos, *de los asuntos que no son los privados*. ¿Por y para qué vamos a molestarlos los ciudadanos comunes y corrientes en ingresar al espacio público, esto es, por qué y para qué nos vamos a molestar opinando y asumiendo allí funciones (en el límite, que es el de las dictaduras, reclamando allí derechos) que pasan por encima de nuestras cabezas cuando para eso están la “clase política” y el tupido enjambre de sus “expertos”, los que pueden encargarse de todo ello *en nombre de nosotros y mucho mejor que nosotros*? Preferible, nos dicen, es delegar atribuciones primero y mirar para otro lado después, lo que nuestra conciencia cobarde acepta sin preguntas. Y, por cierto, sacarle el mejor partido posible al tiempo que entonces nos sobra, empleándolo en actividades que no sólo se hallan más a nuestro alcance sino que son definitivamente más entretenidas. Creo que Arendt estaba dando en el clavo más allá de sus cálculos. La banalidad no sólo no es la tonta inocente que ella aparenta ser sino una solapada y feroz colaboradora del mal.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1997). *Sobre la televisión*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama.
- Calvino, Italo (2005). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Traducción de Aurora Bernárdez. Madrid: Siruela.
- Diccionario de la lengua española*. Vigésima primera edición (1992). Tomo II. Madrid. Real Academia Española.
- Fanon, Frantz (1963). *Los condenados de la tierra*. Traducción de Julieta Campos. México: Fondo de Cultura Económica.
- González Vera, José Santos. “Estudiantes del año veinte” en Manuel Rojas y José Santos González Vera (2005). *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros artículos inéditos*. Ed. Carmen Soria. Santiago de Chile: Planeta. (De un artículo publicado en *Babel*, 28 [Julio-Agosto de 1945]).
- Lázaro Carreter, Fernando (1968). *Diccionario de términos filológicos*. Tercera edición corregida. Madrid: Gredos.
- Rojas, Manuel (1938). “La creación en el trabajo” en *De la poesía a la revolución*. Santiago de Chile: Ercilla.
- Sartre, Jean-Paul (1964). *Las palabras*. Traducción de Manuel Lamana. Buenos Aires: Losada.
- Sartre, Jean-Paul (1982). *Las palabras*. Traducción de Miguel Salabert. Madrid: Alianza Editorial.
- Sartre, Jean-Paul. “The Objective Spirit (1972)”. Traducción de Carol Cosman, en *Marxist Literary Theory*. (Terry Eagleton y Drew Milne eds.) (1996). Oxford, U.K., y Cambridge, USA: Blackwell.